CUADERNOS PARA EL
AVANCE
DE LA LIBERTAD

Cuaderno nº 34 | Marzo de 2024
Suplemento al número 42 de la revista

DUDAS RAZONABLES

Un alegato en contra del ecologismo oficial

JUAN JOSÉ MERCADO

CUADERNOS PARA EL AVANCE DE LA LIBERTAD

Suplemento al número 42 de la revista

Cuaderno nº 34, marzo de 2024

–––––

Consejo Editorial de la revista AVANCE

Roxana Nicula (Presidenta)
Luis I. Gómez, Eric Herrera,
Antonella Marty, Artur Nadal,
José A. Peña-Ramos, Ignacio Rico

–––––

Director: Juan Pina
Subdirector: Federico López

Fundación para el Avance de la Libertad

Sede: Gran Vía, 6, cuarta planta,
E-28013 Madrid (España)
www.fundalib.org | avance@fundalib.org

–––––

ISSN: 2792-2146. Dép. Legal TO 126-2021

–––––

La publicación de los contenidos firmados no implica que la revista o la Fundación coincidan con lo expresado.

–––––

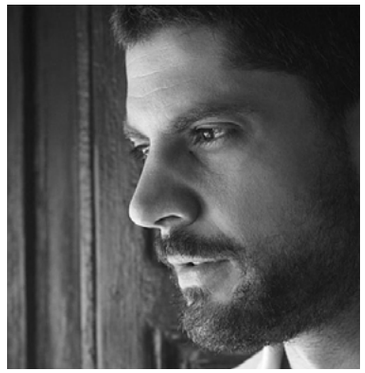
Imágenes: Shutterstock y archivo propio.

–––––

Esta revista cuenta con el apoyo económico de la Atlas Network, red mundial de *think tanks* pro libertad. Más información en www.atlasnetwork.org

ATLAS NETWORK

SOBRE EL AUTOR



Juan José Mercado es el productor ejecutivo de Amagifilms, una productora cinematográfica independiente con sede en Madrid. Mercado dirigió en 2012 el reconocido documental *Fraude: Por qué la gran recesión*. Es también responsable del corto *Ni es justicia ni es social: cómo funcionan las pensiones*. En su nuevo documental *Dudas razonables. Un alegato en contra del ecologismo oficial*, Mercado ofrece a los espectadores una exposición razonada de por qué el cambio climático oficialmente esgrimido como defensa de unos niveles ya insoportables de intervencionismo es en realidad un gigante con los pies de barro. Mercado ha firmado artículos en diversos medios y en el portal del Instituto Juan de Mariana, y es uno de los creadores más prestigiosos en el entorno liberal y libertario de nuestro país.

DESENCADENA LA LIBERTAD, SUSCRÍBETE A AVANCE

Recibe la revista y el cuaderno en tu domicilio. Cargo mensual reducido.

Sólo tienes que ir a la pasarela de cobros de la Fundación y escoger la modalidad mensual para una donación de al menos cinco euros (o, si lo prefieres, la anual para al menos sesenta). La publicación sale once veces al año (julio y agosto en un solo número). Una vez establecida tu donación, escribe a avance@fundalib.org con tu nombre, apellidos y dirección postal completa. Captura este código QR con tu móvil o ve a:

https://frapp.co/ngos/fundalib/contributions/new

DUDAS RAZONABLES

Un alegato en contra del ecologismo oficial

GUION DEL DOCUMENTAL DE

JUAN JOSÉ MERCADO

Según las últimas estimaciones, la edad de la Tierra se cifra en 4.543 millones de años, de la que sólo 200.000 ha sido compartida por los seres humanos anatómicamente modernos.

La inmensa mayoría de ese tiempo, nuestro Planeta ha permanecido inhabitable, convertido en una inmensa bola de fuego, recibiendo el impacto de enormes rocas espaciales, siendo testigo de inimaginables inundaciones, terremotos, huracanes… sobreviviendo a los más bruscos cambios de temperatura, cubierto de nubes densas y maltratado por las más impetuosas lluvias.

Tampoco la historia del ser humano ha sido fácil. Es la nuestra una historia, fundamentalmente, de adaptación y aprendizaje. Por adaptarnos mejor al entorno hostil que representaba para nosotros la Tierra y su cambiante clima, logramos finalmente sobrevivir. Fue un camino duro, lleno de esfuerzo y sufrimiento. Hasta que hace apenas 200 años, todo cambió. El conocimiento y las instituciones evolucionadas espontáneamente a lo largo del tiempo y unas concretas circunstancias históricas hicieron que eclosionara el capitalismo y lo que hoy conocemos como la Revolución Industrial. Y con ella, el progreso y la abundancia que antes nos había sido negada. Por fin, después de millones de años, la famosa trampa malthusiana, según la cual a mayor población menos recursos disponibles, se abrió y el ser humano pudo escapar de ella. Hoy, siendo más que nunca, tenemos más recursos que nunca.

Desde entonces, los avances han sido imparables, especialmente en épocas recientes. En 1800, por ejemplo, la esperanza de vida era de apenas 29 años; hoy ronda los 85. Hace doscientos años, el 94% de la población sufría la pobreza extrema; hoy es apenas el 9%. En el siglo XX, el 46% de los niños moría antes de alcanzar la edad adulta; hoy el 97% la sobrepasa. En 1990, el 30% de la población mundial no tenía acceso a la electricidad; apenas 30 años después, ese porcentaje se ha reducido a menos de la mitad pese a que la población ha crecido, en ese mismo periodo, en más de 2.000 millones de personas.

Jamás, en la historia, habíamos sido tantos y jamás la historia conoció un periodo tan prós-

pero, sano y pacífico como el que tenemos la suerte de vivir.

Hay muchas duras tareas pendientes, por supuesto, pero hay cifras objetivas más que suficientes para justificar el orgullo y la alegría por la senda que hemos emprendido como humanidad.

Sin embargo, esta visión no es uniformemente compartida. Desde hace unos años, desde las élites políticas y educativas hay quienes defienden que todo esto no ha sido más que un espejismo. Que en realidad la trampa malthusiana solo ha expandido temporalmente sus límites y que otra vez estamos a punto de tocar sus duros barrotes. Peor aún, nos asustan proclamando que, con nuestro comportamiento actual, el ser humano puede suponer para el planeta Tierra un peligro de una magnitud jamás conocida en sus 4.500 millones de años de existencia.

Pero, ¿es esto cierto? ¿Podemos estar seguros de ello? Lo dice la Ciencia, nos dicen. El consenso es férreo, defienden.

Pero, ¿quién es la Ciencia?; ¿qué hay detrás de ese supuesto consenso?

¿No deberíamos pensar fríamente, racionalmente, antes de abandonar el camino de salud y prosperidad emprendido, por fin, hace 200 años?

¿Con qué severidad nos juzgarán en el futuro nuestros nietos si descubrieran que les hemos condenado a empezar de cero por no atender a las dudas que sabemos que existen? Porque las hay. Y son muchas. Y son más que dudas razonables. El argumento sobre el que se erige todo el discurso sobre el llamado calentamiento global es bien conocido: nuestro actual estándar de vida, basado en el capitalismo nacido de la Revolución Industrial, depende en exceso de los llamados combustibles fósiles. Éstos, al usarse, liberan grandes cantidades de dióxido de carbono que permanece en la atmósfera terrestre. Sabemos que el dióxido de carbono es uno de los llamados gases de efecto invernadero, por lo que su emisión provoca una subida de la temperatura en todo el planeta. Conociendo cuánto dióxido de carbono emitimos podemos estimar, haciendo uso de los más sofisticados modelos informáticos, cuánto se emitirá en el futuro y, así, tomar medidas antes de que las terribles consecuencias de todo ello sean inevitables.

Así expuesto, el caso parece cerrado. Sabemos que el crimen es aumentar la temperatura terrestre. Sabemos que el arma son los combustibles fósiles de los que depende nuestro modelo económico. Y, sobre todo, sabemos a ciencia cierta que el culpable no puede ser otro que es el ser humano.

Jamás, en la historia, habíamos sido tantos y jamás la historia conoció un periodo tan próspero, sano y pacífico como el que tenemos la suerte de vivir.

Ahora bien, la verdadera cuestión, lo esencialmente importante, es comprobar si podemos sostener este mismo argumento haciendo uso del legado más profundo de la humanidad, del instrumento que mejor nos define como especie: el pensamiento racional, el método crítico. La verdadera ciencia, en fin.

Y es ahí donde empiezan las dudas razonables.

Tendemos a pensar en la Revolución Industrial como un mero acontecimiento histórico que acaeció hace muchos años. Sin embargo, hay razones más que suficientes para pensar que nuestras sociedades siguen inmersas aún en ese enorme proceso de cambio. Todavía nos falta perspectiva para poder valorar sus profundas implicaciones. Tanto es así que la mayoría de las personas, da igual su condición académica, es aún incapaz de comprender la influencia que ese proceso ha tenido para nuestras sociedades. Y en cierto modo es normal que así sea.

Hasta alrededor de 1800, existían pocas diferencias entre las economías de los humanos y el resto de los animales. Para los animales (y las plantas) es siempre cierto que a mayor población, más escasez y conflicto entre ellas. Y, como decimos, durante la mayor parte de la vida del ser humano en la Tierra este ha sido el caso.

Los grandes pensadores dedicaron mucho tiempo a esta cuestión, aunque quizá ninguno con el éxito de Thomas Malthus y su libro "Ensayo sobre el principio de la población". Fue él quien, con su famosa frase de que "la población aumenta en progresión geométrica mientras que los alimentos lo hacen en progresión aritmética" cristalizó un miedo que, como decimos, en su tiempo podía estar justificado: los recursos son escasos y, cuanta más gente haya, menos disponibilidad habrá. Es la llamada trampa malthusiana y en ella hemos vivido encerrados hasta hace apenas 200 años.

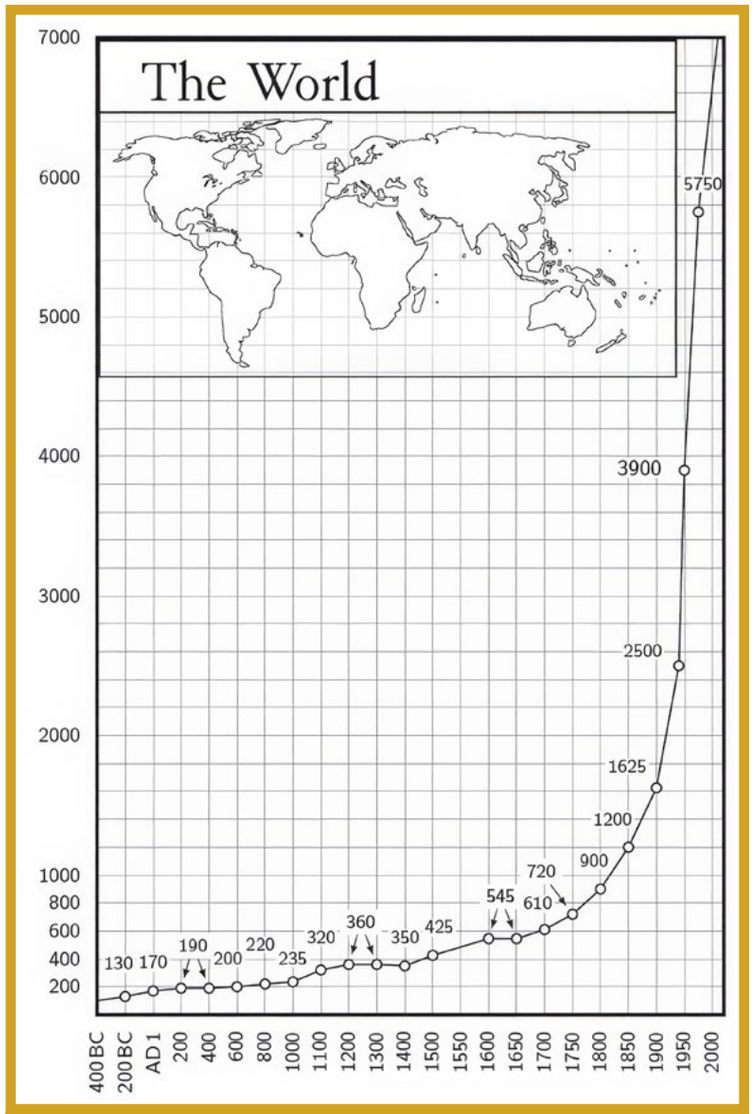


Figura 1. Población total mundial (millones).

Hasta entonces, la población había ido aumentando muy lentamente de manera más o menos constante. Pero alrededor de 1800 se produjo una ruptura brusca en la tendencia y el crecimiento poblacional pasó de los 900 millones a los casi 8.000 millones actuales.

Los viejos temores malthusianos cundieron por doquier. Los más negros augurios parecían inminentes. Y, sin embargo, pese a la enorme popularidad con que fueron acogidas sus tesis, ninguna de las profecías que hiciera Malthus en 1798 se cumplió. Una de las más famosas estimaba que, en 1900, en Inglaterra habría 112 millones de habitantes mientras que toda la Tierra no podría producir alimentos para más de 35 millo-

nes de personas. La realidad fue que, en 1900, la población de Inglaterra era de 41 millones de personas (tres veces menos de lo predicho) y que, a su vez, Inglaterra nunca antes había vivido mejor. Esto fue solo el principio de una innumerable lista de predicciones fallidas de todos cuantos siguieron los postulados malthusianos. El famoso economista Jevons, por ejemplo, dejó publicado en 1865 que Inglaterra estaba a punto de conocer el fin del carbón y una profunda crisis que avocaría a su población a un éxodo sin precedentes.

A priori, parecía razonable que a un aumento tan espectacular de la población mundial le siguiera la hecatombe tan ampliamente pronosticada por los agoreros. Y, sin embargo, lejos de producirse el hundimiento, la humanidad jamás conoció cotas tan altas de prosperidad. A la vertiginosa curva ascendente de la población le siguió en paralelo el ingreso per cápita.

¿Qué pasó para que la realidad le diera la espalda a todo el argumento malthusiano? Pues que a determinadas circunstancias históricas favorables, se le unió que el ser humano había alcanzado por fin una madurez intelectual capaz de hacer posible la suficiente innovación tecnológica. Una innovación tecnológica posible gracias al ahorro generado por la abstención del ocio y el consumo inmediato. Lo que ha dado en llamarse el sistema económico capitalista que no es sino la llave a la famosa trampa malthusiana.

Fueron necesarios miles de años para llegar a encontrarla. A través del tiempo, la acción espontánea de los seres humanos fue dando forma a una serie de instituciones fundamentales: el dinero, el lenguaje, el derecho… Y, en paralelo, un proceso más lento aún en el que el hombre, físicamente débil y poco preparado para lidiar con la naturaleza, se fue viendo obligado a desarrollar una inteligencia suficientemente desarrollada.

Uno de los factores acuciantes para el desarrollo de esta inteligencia fue precisamente el

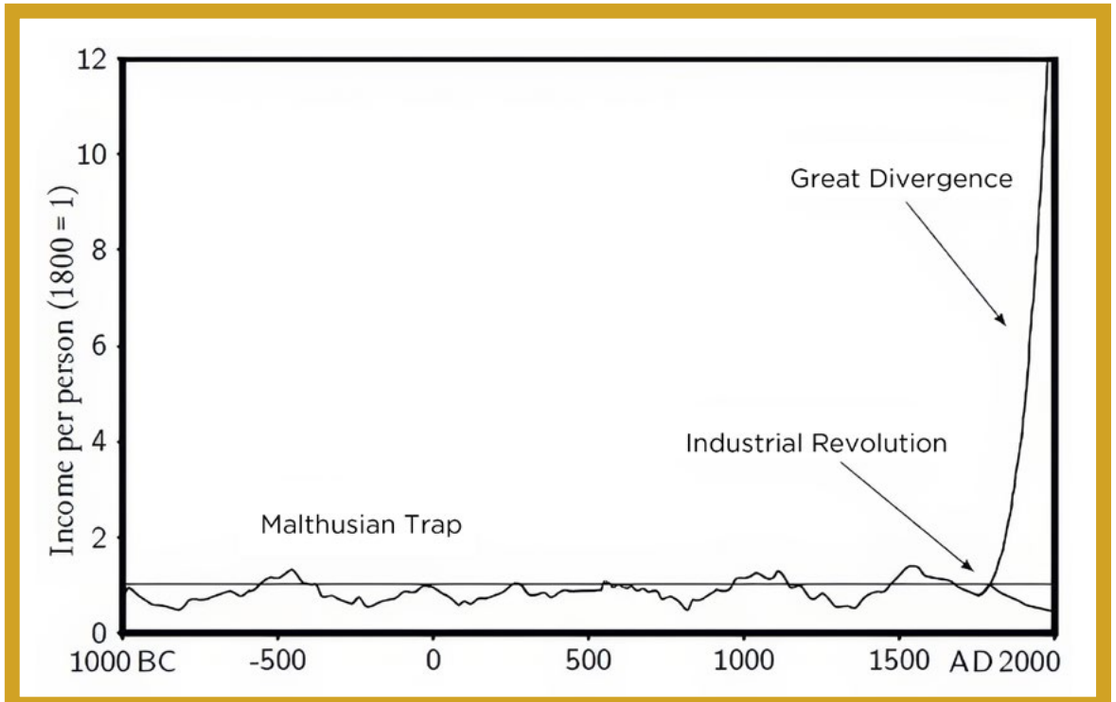


Figura 2. Historia económica mundial. Ingreso per capita desde el año 1000 a.d.C. hasta el año 2000.

clima. Porque, contrariamente a la idea que hoy nos presenta el ecologismo oficial, el clima en el pasado estuvo lejos de ser constante y apacible. Antes al contrario, el ser humano ha vivido cambios bruscos de temperatura desde el principio de los tiempos. Su lucha contra el clima ha sido un acicate fundamental en su desarrollo cognitivo. Nuestra propia supervivencia como especie ha dependido, de hecho, de intentar predecir los cambios y las fluctuaciones climáticas a fin de anticipar sus efectos y asegurar el suministro futuro de alimentos (animales y plantas). La existencia de estos cambios y fluctuaciones constantes a lo largo del tiempo (lluvias, sequías, olas de calor, heladas…) requirió que factores cada vez más remotos como el Sol, la luna y las estrellas, y tramos cada vez más largos de tiempo debían tenerse en cuenta se se quería sobrevivir. El ser humano se vio forzado a estudiar cadenas cada vez más largas de causas y efectos. Tuvo que ampliar su horizonte de planificación: debía actuar ahora para obtener el éxito mucho más tarde. La planificación de las cosechas o el trato con la ganadería debía ir haciéndose en términos de años, en lugar de días o meses.

Y así, en un doble proceso parejo, a la par que iban desarrollándose una serie de instituciones fundamentales (como el derecho de propiedad) se iba ensanchando la inteligencia humana hasta llegar a descubrir las bondades de ahorrar e invertir lo ahorrado para generar ingresos futuros. Algo ni mucho menos obvio ni trivial. Como ni obvio ni trivial fue la idea de plantar cultivos primero, luego cuidarlos y protegerlos de las inclemencias del clima y, finalmente cosecharlos. O la idea de domesticar, manejar y criar animales. Para todas estas cosas se necesitaron miles de años de selección natural en condiciones de cazadores recolectores para finalmente generar la suficiente inteligencia para hacer posibles tales logros.

Por eso necesitamos tanto tiempo para escapar de la trampa malthusiana. Y, por eso, quizá, es normal que los miedos que han estado perfectamente justificados a lo largo de la práctica totalidad de la historia humana sigan vigentes.

Porque después de Malthus, pasaron los años. Y pese a que la población creció como nunca antes en la Historia, como hemos visto, jamás hubo tanta abundancia de recursos y bienestar. Sin embargo, los malthusianos no cejaron en su empeño de pronosticar el apocalipsis.

Nos asustan proclamando que el ser humano puede suponer para el planeta Tierra un peligro de una magnitud jamás conocida en sus 4.500 millones de años de existencia.

El gran aldabonazo vendría de la mano del famoso entomólogo Paul Elrich. Y, con él, 200 años después, la historia se repitió. De nuevo un libro de gran éxito (*La bomba de población*) y de nuevo un montón de profecías que, viéndolas hoy, nos pueden parecer ridículas. Baste como muestra: "*Entre 1980 y 1989, unos 4.000 millones de personas, incluyendo 65 millones de americanos, perecerán en la Gran Extinción*"; otra: *"dentro de 10 años (en 1980) toda la vida animal marina se habrá extinguido. Enormes áreas de la costa tendrán que ser evacuadas por el hedor de los peces muertos*"; otra: *"para el año 2000 el Reino Unido no será más que un pequeño grupo de islas empobrecidas, habitadas por 70 millones de personas hambrientas (…) incluso apostaría a que Inglaterra no existe en el año 2000*".

Siguiendo con las apuestas, quizá la más famosa de las que hizo (y la única en la que se atrevió a jugarse algo) fue contra el economista

Julian Simon. Éste, profesor de la Universidad de Maryland, no sólo no compartía la visión neomalthusiana sino que postulaba exactamente lo contrario: los recursos naturales no solo no se terminarán, sino que cada vez serán más abundantes porque los recursos son, de facto, infinitos. Tras muchos debates, ambos decidieron apostar. Simon le propuso a Ehrlich que eligiera los cinco recursos naturales que él quisiera, con total libertad. Si pasados diez años los precios subían, Simon tendría que pagarle la diferencia entre los precios de 1980 y 1990. Si los precios bajaban, lo harían al revés. Durante esa época, ninguno de los malos augurios pronosticados por Elrich y los suyos se cumplió. Ninguno. De hecho, la población mundial creció como nunca antes en la historia lo había hecho, con 800 millones de personas más habitando el Planeta. El día acordado, se reunieron y miraron los precios de los recursos elegidos por Elrich, los corrigieron por el efecto de la inflación y… todos ellos habían bajado de precio. Alguno, como el estaño, costaba menos de la mitad de su precio original. Como consecuencia, Ehrlich le pagó a Simon un cheque por valor de 576,07 dólares. Fue la última vez que se jugó algo. Simon insistió, de hecho, en subir la apuesta a 20.000 dólares con los recursos que Ehrlich volviera a elegir libremente para los siguientes diez años. Pero no aceptó.

Siguió anunciando, desde las más altas tribunas intelectuales, los peores males. Pero nunca acertó en nada. Y sin embargo, lejos de hacer mella en la reputación de Ehlrich, lo terminaría elevando a la categoría de gran gurú del ecologismo desde su cátedra de Stanford.

Su influencia fue clave en el llamado Club de Roma, quizá el origen más directo del actual movimiento ecologista. Apenas cinco años después de la publicación de Elrich, los miembros del Club de Roma publicaron un libro propio llamado *Los límites del crecimiento*, probablemente el libro neomalthusiano más leído de la historia con casi 10 millones de ventas. En él se usaban los mismos argumentos ya conocidos desde Malthus pero con un añadido fundamental: por primera vez, se incorporaban una serie de modelos matemáticos que dotaban a sus tesis de una aparente solidez científica y una carga visual tremendamente atractiva para los medios de comunicación. Estos serían los antecedentes directos de los actuales modelos utilizados por las Naciones Unidas para profetizar sobre los peligros climáticos futuros. En ambos casos, y pese a su efectividad a la hora de incrementar su prestigio de cara al público, adolecen de un fallo fundamental: su visión estática de la acción humana y su comprensión errática del ser humano mismo. De ahí sus constantes choques con la propia realidad.

Según su visión, y dado el enorme crecimiento poblacional que se estaba viviendo, era urgente clamar por un nuevo orden mundial que frenase el ritmo de las naciones industrializadas. Uno de los principales líderes del Club, Maurice Strong, fue bastante explícito cuando en 1990 dijo: "¿Acaso no es el colapso de las civilizaciones industrializadas la única esperanza para el planeta? ¿Acaso no es nuestra responsabilidad conseguir que esto pase?"

Tal objetivo fue asumido por los demás miembros del Club y buscar un plan de acción para conseguirlo se convirtió en su principal tarea.

Lo que ha dado en llamarse el sistema económico capitalista que no es sino la llave a la famosa trampa malthusiana. Fueron necesarios miles de años para llegar a encontrarla.

No hay especulaciones ni teorías conspirativas en todo esto. Desde el primer momento dejaron claro su objetivo y su estrategia. En la página 75 de un documento fundamental del Club de Roma, sus autores decían en 1991: "En la búsqueda de un enemigo común contra el que poder unirnos, se nos ocurre que la idea de la polución, la amenaza del calentamiento global, las sequías, las hambrunas… pueden encajar a la perfección. Estos fenómenos son por naturaleza una amenaza común a la que debemos hacer frente todos juntos". Lo que sigue es aún más esclarecedor: "Todos estos peligros están causados por la intervención humana en los procesos naturales y sólo es posible superarlos mediante un cambio de actitudes y comportamientos. El verdadero enemigo es, pues, la propia humanidad". Más allá del carácter antihumanitario del mensaje, lo que queda claro es que el método científico y la búsqueda de la verdad está ausente desde el principio: el movimiento ecologista oficial parte del sesgo fundamental de dar por hecho que nos enfrentamos a un problema humano, causado por los humanos. Y todos los esfuerzos posteriores no estuvieron nunca ni están ahora encaminados a demostrar si esta tesis es falsable o no. Al contrario, el ambicioso reto que tenían por delante era cómo articular un instrumento mediante el cual impedir que tal tesis se pusiera en duda.

Maurice Strong tuvo claro desde el principio las dos condiciones necesarias para triunfar con su idea: necesitaban el máximo poder político para poner en práctica sus ideas pero dando, a su vez, un aire de imparcialidad científica que les posicionara moralmente por encima de las luchas partidistas. La solución ideal la encontraron en las Naciones Unidas, donde Strong se movía como pez en el agua gracias a sus innatas habilidades y su amplia red de contactos del más alto nivel.

Todo empezó en la Conferencia de la ONU de 1977 celebrada en Estocolmo sobre el Medio Ambiente, que el propio Strong presidía como Secretario General. Su éxito fue rotundo. Ya en la primera sesión plenaria, consiguió la aprobación de sus tres principales objetivos: una declaración formal sobre la influencia del ser humano sobre el medio ambiente, un plan de acción y la creación de una estructura organizada y financiada por un Fondo Mundial para el Medio Ambiente.

A partir de ahí, se inició un doble plan de acción que fue desarrollándose imparable durante veinte años: por un lado, el avance de una agenda política práctica y cierta y, por otro, la creación de una evidencia científica que dotara el proyecto de legitimidad moral.

Su primer gran éxito fue el Protocolo de Montreal en 1987. Antes de señalar al CO_2, Strong y sus colegas, en la búsqueda de un producto humano al que poder acusar de desastres climáticos inmediatos, dieron con los famosos CFCs y su supuesta destrucción de la capa de ozono. Pese a que después se demostrara que el famoso agujero era debido a causas naturales, nada les impidió vender el éxito del Protocolo y seguir avanzando en sus medidas.

La ciencia, a estas alturas, ya había cedido todo el terreno a la política, como admitieron abiertamente en la Conferencia de la ONU celebrada en Rio de Janeiro en 1992.

Maurice Strong (Club de Roma): "¿Acaso no es el colapso de las civilizaciones industrializadas la única esperanza para el planeta? ¿Acaso no es nuestra responsabilidad conseguir que esto pase?"

Por un lado, establecieron la llamada Agenda 21 que, en su decimoquinto principio establecía: "*A fin de defender el Medio Ambiente, el principio de precaución debe ser ampliamente aplicado por los Estados en función de sus capacidades. Allí donde haya amenaza de daños graves e irreversibles, la ausencia de certezas científicas no puede ponerse de excusa para posponer medidas de precaución*".

Por otro, en esa misma Conferencia fue aprobada la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (UNFCCC), donde se estableció la definición oficial del Cambio Climático como "*el cambio de clima atribuido, directa o indirectamente, a la actividad humana que altera la composición de la atmósfera global y que se suma a la variabilidad natural del clima observada durante periodos de tiempo considerables*".

De este modo quedaba fijada la visión oficial sobre el cambio climático. Y se fijaba con una doble perversión: primera, la asunción acientífica de la culpabilidad del ser humano en los peligros que el clima pueda depararnos; y segunda, la necesidad de actuar políticamente en consecuencia sin necesidad de datos científicos que avalen la acción.

También quedó fijado el relato oficial, aunque para ello tuvieron que contradecir todo cuanto habían dicho durante los diez años anteriores. Y es que hasta los años 80, el causante de los miedos y las exageraciones no fue el calentamiento global, sino el enfriamiento global. Portadas, estudios científicos, grandes titulares… anunciaban, con el mismo énfasis y la misma constancia que lo hacen hoy en sentido contrario, la inminencia de un mundo dominado por el frío y el hielo.

Pero en los años 80, todo cambió. La temperatura media del Planeta comenzó a ascender. Para que el relato pudiera ser coherente con la culpabilidad del ser humano, ahora sí resultaba fácil establecer el arma del crimen. Es en este momento donde surge el CO_2 y el rescate de la hoy famosa teoría del efecto invernadero, ampliamente ignorada y despreciada desde sus inicios por los mimos que ahora se abrazaban a ella.

Esto llenó de entusiasmo a los activistas: la regulación de las emisiones de CO_2 les permitía atacar el corazón mismo de las naciones industrializadas. Si las mismas fueran simbolizadas con un coche de inyección, la teoría del efecto invernadero aplicada al CO_2 antropogénico justificaría dejarlas sin gasolina, consiguiendo así su principal objetivo.

A estas alturas, los planes originales de Maurice Strong y el Club de Roma estaban definitivamente listos. Ya tenían a un culpable determinado de antemano de forma oficial: el ser humano. Y habían encontrado el arma del crimen que le delataba: las emisiones de CO_2.

Quedaba por delante la inmensa tarea de sembrar esas ideas en la mente de millones de personas. Convencerles de algo a priori imposible: que habiendo conocido por fin la abundancia, era necesario que volvieran a un periodo de escasez; que voluntariamente abandonaran su propia libertad y volvieran a la jaula malthusiana. Y para conseguir esto, solo hay un método: difundir el miedo.

Todos los esfuerzos de las Naciones Unidas (en concreto, el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, o IPCC) debían estar, pues, encaminados a este gran objetivo. Y ello no se consigue con dudas. Los principios fundacionales antes referidos debían aplicarse con severidad: el ser humano es culpable con toda certeza y la duda no es una excusa a la hora de tomar medidas.

El problema es que para mantener estas posiciones hay que enfrentar una gran paradoja: por un lado, es necesario olvidar el método propio de la ciencia. Y, por otro, para que todo tenga sentido, el IPCC necesita que su mensaje sea avalado por científicos. Tanto como sea posible, a fin de presentar sus conclusiones, no como avaladas por un grupo de científicos, sino por la Ciencia misma. Hoy, el IPCC es presentado como el "consenso científico", cuando en realidad, lo que representa es el "consenso político" como su propio nombre indica (es un "panel intergubernamental").

Esto han ido consiguiéndolo poco a poco, a base de filtrar al personal encargado de elaborar los informes, entre otros métodos (controlar las principales publicaciones; las agencias encargadas de repartir fondos; las universidades…). Pero al principio no estaba todo tan bien atado y hubo algunos episodios que dejaron en evidencia los métodos y las tácticas del IPCC.

Así sucedió en 1995, con ocasión de las reuniones preparatorias del que sería el Segundo Informe del IPCC. Reunidos en Madrid, un grupo de reputados científicos acordó el texto del que sería el capítulo más importante del informe, titulado "Detección del Cambio Climático y Atribución de Causas". Entre sus conclusiones más importante, cabe destacar las siguientes:

- *Ninguno de los estudios citados anteriormente ha mostrado pruebas claras de que podamos atribuir los cambios [climáticos] observados a la causa específica del aumento de los gases de efecto invernadero.*
- *Aunque algunas de las bases de patrones aquí comentadas han afirmado haber detectado un cambio climático significativo, ningún estudio hasta la fecha ha atribuido positivamente todo o parte del cambio climático observado a causas provocadas por el hombre.*
- *Es probable que cualquier afirmación de detección y atribución positiva de un cambio climático significativo siga siendo controvertida hasta que se reduzcan las incertidumbres sobre la variabilidad natural total del sistema climático.*
- *Aunque ninguno de estos estudios ha considerado específicamente la cuestión de la atribución, a menudo extraen algunas conclusiones de atribución, para las que hay poca justificación.*

En definitiva, era un texto propio de científicos honrados donde, más que verdades absolutas, lo que se muestra es el verdadero estado de la cuestión climática: llena de incertidumbres y dudas razonables.

El texto no gustó a los grandes arquitectos del IPCC. Pero el organismo tenía prevista la manera de corregir este tipo de situaciones. En sus propios principios generales, el IPCC establece que, junto a cada informe científico, se elaborará un segundo informe llamado "Resumen para Políticos". A priori, este segundo informe debería ser un resumen del

La visión oficial del cambio climático asume de forma acientífica la culpabilidad humana y la necesidad de actuar en consecuencia sin datos que lo avalen.

Para mantener la posición oficial hay que incurrir en una paradoja: por un lado es necesario olvidar el método propio de la ciencia y por otro se necesita el aval de los científicos.

primero, a fin de sintetizarlo y hacerlo accesible a los no iniciados. Sin embargo, el Resumen no es sólo un documento autónomo, sino que, según los propios principios del IPCC, los autores del Informe Científico podrían verse obligados a cambiarlo a fin de no entrar en conflicto con el Resumen, que, por cierto, es publicado (y publicitado) varios meses antes de que se haga público el Informe Científico. De hecho, es el único documento usado por los medios y los políticos. En este caso, los principios del IPCC fueron invocados para que el texto quedase pulido de toda duda razonable y las certezas fluyeran en la dirección correcta. Pese a que las conclusiones científicas antes citadas fueron aprobadas en pleno en Madrid y ratificadas un mes después en Roma, el encargado del capítulo, Benjamin Santer se ocupó de que más de quince secciones fueran borradas o modificadas sustancialmente hasta el punto de cambiar radicalmente el sentido de sus afirmaciones. Así, en el texto definitivo podían leerse afirmaciones como que:

- *Existen pruebas de un patrón emergente de respuesta climática al forzamiento por gases de efecto invernadero y aerosoles de sulfato… a partir de los patrones geográficos, estacionales y verticales del cambio de temperatura… Estos resultados apuntan hacia una influencia humana en el clima global.*
- *El conjunto de pruebas estadísticas del capítulo octavo, cuando se examina en el contexto de nuestra comprensión física del sistema climático, apunta ahora a una influencia humana discernible en el clima global…*

Los científicos encargados del informe original quedaron consternados ante tal atropello y no tardaron en denunciarlo. En palabras de uno de ellos, el Dr. Frederick Seitz, "en mis más de 60 años como miembro de la comunidad científica estadounidense, incluido el cargo de presidente tanto de la Academia Nacional de Ciencias como de la Sociedad Americana de Física, nunca he sido testigo de una corrupción más inquietante del proceso de revisión por pares que los acontecimientos que condujeron a este informe del IPCC". Pero ya era tarde. Para cuando llegaron estas denuncias, Benjamin Santer y los demás responsables del IPCC ya habían conseguido que la supuesta "influencia humana discernible" hubiera aparecido como verdad absoluta en los medios de comunicación de todo el mundo, incluidas las revistas científicas más prestigiosas.

La Ciencia Climática oficial no consiste en poner a prueba argumentos para refutarlos, sino en buscar justificaciones a un argumento dado *a priori*.

Al proceso de difusión mediática del texto manipulado, siguió en paralelo una campaña de desprestigio contra quienes se encargaron de denunciar el caso, en una táctica que ha devenido en habitual contra los discrepantes. La Ciencia Climática oficial no consiste en poner a prueba argumentos para refutarlos, sino en buscar justificaciones a un argumento dado *a priori*.

La gravedad de los hechos alrededor del Segundo Informe del IPCC quedó pronto olvidado. Un escándalo aún mayor estaba por llegar.

En 1998, un grupo de científicos norteamericanos liderados por Michael E. Mann publicaron un artículo en la revista Nature, en el que establecían una correlación entre las emisiones de CO_2 y la subida de las temperaturas desde el año 1400 hasta finales del siglo XX.

Las conclusiones del artículo eran contundentes: desde la primera fecha considerada hasta los albores del siglo XX, se obtenía una línea de temperatura prácticamente plana; sin embargo, en pleno siglo XX, la línea ascendía abruptamente. La razón de esta ruptura parecía evidente: la Tierra se calienta porque las emisiones de CO_2 del ser humano así lo provocan.

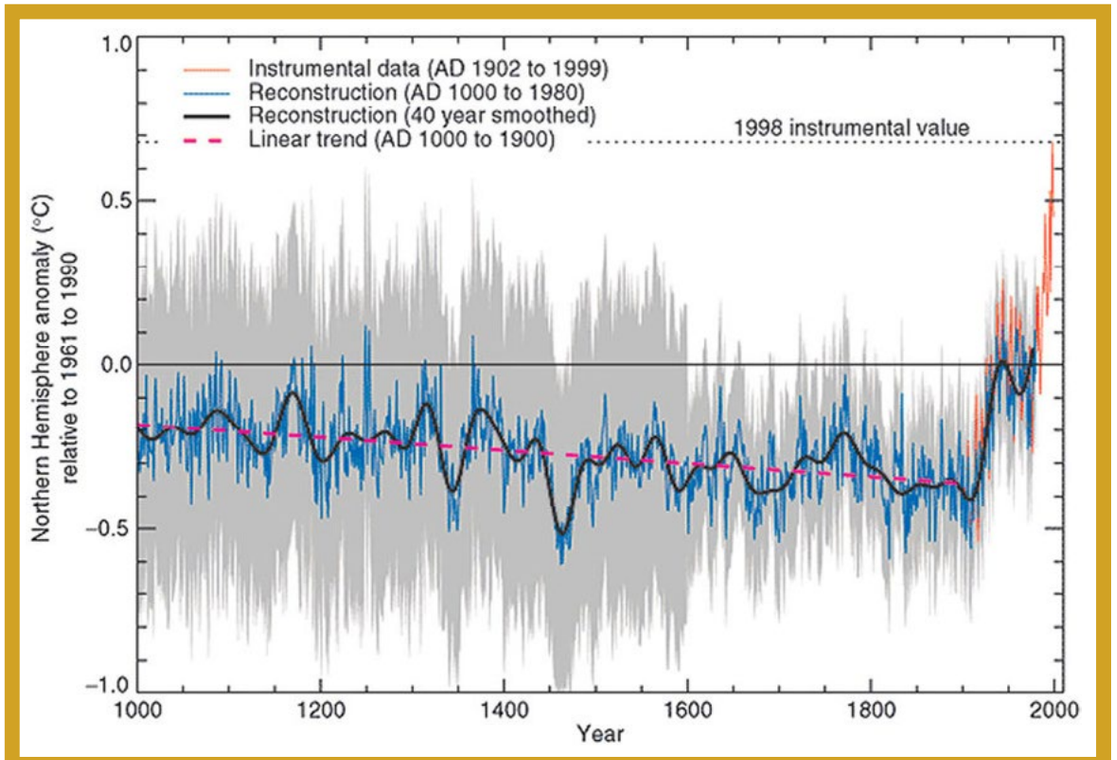


Figura 3. Gráfico del "palo de hockey": anomalía en la temperatura del Hemisferio Norte.

Este gráfico, popularmente conocido por su forma como "Palo de Hockey", se convirtió de manera automática en el símbolo de todo el movimiento ecologista. Revistas científicas, medios de comunicación, políticos, ONGs, documentales y miles de trabajos de divulgación fueron ilustrados con este famoso gráfico. Finalmente, en 2001 el palo de hockey fue adoptado y revestido de seriedad científica al ser incorporado en el tercer informe de evaluación del IPCC. Por fin habían encontrado la representación gráfica que estaban buscando desde hacía años. El problema es que lo hacía porque estaba diseñado para hacerlo.

Todo cuanto sabíamos de las temperaturas pasadas de los últimos 1000 años fue borrado de un plumazo. Hasta el gráfico de Mann, no sólo la evidencia científica, sino la histórica y la artística (pictórica y literaria) dejaban pruebas claras de la existencia de una pequeña Edad de Hielo hace alrededor de 500 años y, unos cientos de años antes, del conocido como Período Cálido Medieval, donde sabíamos que se habían alcanzado temperaturas, no sólo más altas que las del presente, sino superiores a la de muchas de las predicciones más catastrofistas para el futuro. De

esto no daba cuenta solo la evidencia científica. Miles de testimonios históricos, así como representaciones pictóricas o literarias dan prueba de ello. De todas podía, además, sacarse una misma conclusión: la humanidad avanza y progresa en períodos cálidos y padece y retrocede en períodos fríos. El propio IPCC en su primer informe avalaba esta representación gráfica de la temperatura histórica de los últimos 1.000 años.

Con estos datos, McIntyre y McKitrick descubrieron, no sólo una chapuza metodológica (fallos de cotejo, extrapolaciones injustificables de los datos fuente, errores de localización...) sino algo peor: los errores no habían sido un accidente. Mann y sus colegas forzaron la información para sostener el Palo de Hockey.

Para ello, no dudaron en manipular y elegir los datos que más les convenían para, después,

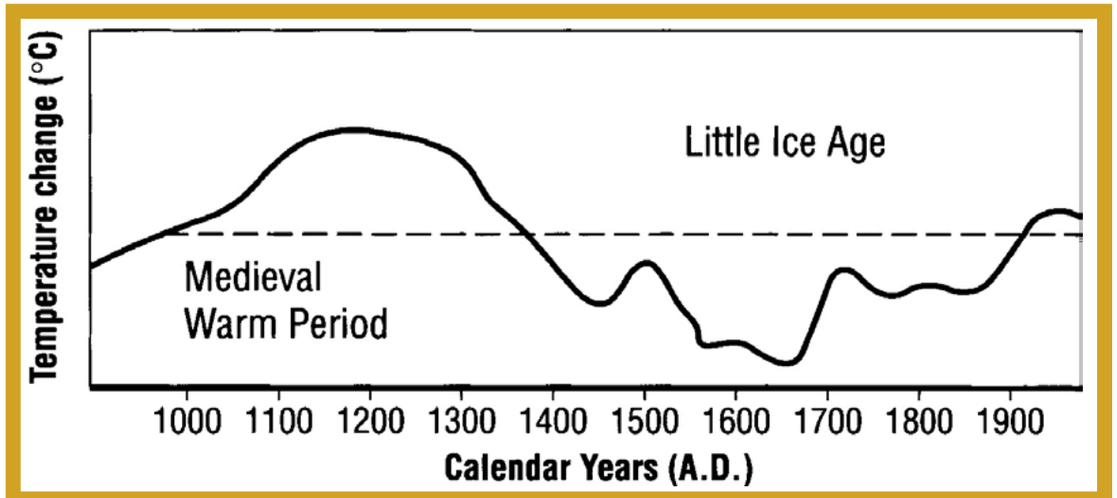


Figura 4. Cambio de la temperatura en los últimos mil años (primer informe del IPCC).

Y, sin embargo, toda esta realidad evidente fue eliminada por los resultados aportados por Mann y sus colegas. El cambio fue de tal calibre que levantó sospechas. ¿Cómo era posible que hubiéramos estado tan equivocados?

En 2003, el estadístico canadiense Stephen McIntyre y el economista Ross McKitrick empezaron a desenmascarar la metodología usada para elaborar el famoso gráfico de Mann. En primer lugar, le solicitaron los datos originales que habían usado. Pese a la negativa inicial (algo completamente fuera de lugar en la práctica científica), terminaron entregándolos —de forma vacilante e incompleta—, lo que indicaba que nadie más los había solicitado antes, algo que pone de manifiesto la perversión del control por pares en el ámbito climático.

aplicarles una metodología estadística debidamente diseñada para que, tal y como demostraron McIntyre y McKitrick, aún usando datos aleatorios, se obtuvieran patrones con forma de palo de hockey. No contentos con ello, Mann y sus colegas reelaboraron el gráfico varias veces, siendo en cada versión más alto el valor de la temperatura del año 2000 a fin de subrayar la tesis principal de que "la década de 1990 fue la más cálida de los últimos milenios, siendo 1999 el año más cálido".

Sin embargo, nada de esto tuvo impacto alguno. El autor del famoso gráfico, Michael E. Mann (como antes le pasó a Elrich o a Malthus) sigue gozando de prestigio académico, y su gráfico sigue siendo divulgado por todas partes, incluidos los libros de texto con los que aprenden nuestros hijos.

Como no podía ser de otra manera, Al Gore lo utilizó como base para su famoso documental. En él, en una de las escenas de mayor impacto para la audiencia, el propio Gore fingía necesitar subirse a un ascensor para señalar el punto álgido del palo de hockey. Lejos de retractarse al descubrirse el fraude, en 2007 recibiría orgulloso el premio Oscar al mejor largometraje documental. Ese mismo año, Gore, junto con el IPCC al completo, recibirían el premio Nobel de La Paz.

Lo peor de estos ejemplos de corrupción científica no son los casos concretos. Sin duda,

La mixtificación de las ciencias naturales con las sociales (algo cada vez más habitual en los modelos del IPCC), lejos de aportar mejoras, termina por arruinar ambas: se pervierte el método científico y se arruina a la sociedad. Porque la ciencia natural no puede prescribir lo que debe hacerse a nivel social. Obedecer socialmente los análisis científicos, sin filtro alguno, lejos de ser una virtud, puede llegar a ser un despropósito. Si se meten los datos de los accidentes de tráfico en un modelo matemático, la propuesta, a fin de minimizarlos a cero, bien podría ser la de eliminar los coches o la de bajar el límite de

En 2003, el estadístico Stephen McIntyre y el economista Ross McKitrick empezaron a desenmascarar la metodología usada para elaborar el famoso gráfico del palo de hockey de Mann.

lo peor es el silencio de buena parte de la comunidad científica, quizá atemorizada por las terribles consecuencias que podría suponer una denuncia pública. Y, más aún, la complicidad, cuando no la iniciativa, del propio IPCC, alzado como portavoz oficial de la ciencia climática mundial.

Y es que la "ciencia del clima" pareciera regirse por sus propias normas.

Actitudes que en cualquier categoría científica supondrían la inhabilitación, en el caso del clima han devenido en habituales. Errores que debieran suponer el descrédito general, pareciera que son aquí premiados con mayor prestigio.

Tal es el caso de los famosos modelos climáticos usados en todos y cada uno de los informes del IPCC. Estos modelos tratan no sólo de predecir el comportamiento futuro del clima, sino —lo que es más grave— de advertir sobre las consecuencias políticas y económicas que deberían tomar los gobiernos de todo el mundo. Y los gobiernos los toman muy en serio. Pero no deberían.

velocidad a un nivel descabellado. La decisión política adecuada no podría ser nunca obedecer ciegamente a la ciencia a costa de condenar a los ciudadanos que les han elegido.

Pues bien, los modelos climáticos usados por el IPCC, más allá de errar en sus proposiciones sociales, están resultando un fiasco en cuanto a sus predicciones científicas. En 2017, John Christy llevó a cabo un reconocido estudio comparativo entre 102 de los modelos usados por el IPCC y los contrastó con las temperaturas reales observadas entre los años 1979-2016. Y la conclusión fue clara: los modelos fallaban. Y fallaban mucho. Y lo hacían siempre con el mismo sesgo: todos los modelos climáticos (menos uno) producen estimaciones de temperatura muy por encima de las observadas en la realidad. Al aplicar el método científico a los resultados de los modelos climáticos del IPCC, concretamente a las tendencias de la temperatura atmosférica global desde 1979 (un periodo clave por el incuestionable aumento de los gases de efecto invernadero en el mismo), se ve que el

consenso de los modelos no pasa la prueba de coincidir con las observaciones del mundo real por un margen significativo. Sencillamente no funcionan.

Esto no implica a priori negar la existencia de un calentamiento. Lo que sí implica es negar la validez de estos modelos como guía de acción a la hora de tomar medidas políticas y económicas que afecten al bienestar y al progreso de la humanidad.

La incertidumbre en todo cuanto tiene relación con el clima es aún inmensa y los datos de que disponemos están muy lejos de ser fiables en su gran mayoría. Con esto claro, puede ser científicamente comprensible la poca fiabilidad de estos modelos. Pero precisamente por saber la enorme cantidad de dudas razonables a las que nos enfrentamos, debiéramos tener la suficiente humildad y responsabilidad a la hora de tomarlos en cuenta para luchar contra el cambio climático, si es que esto significa algo.

Porque hablar de cambio climático es hablar de una obviedad. El clima es cambiante por definición y sólo la manipulación estadística puede presentar la época actual como una peligrosa excepción en la historia geológica de la Tierra.

El siguiente gráfico es bastante conocido. En él, vemos la desviación de la temperatura global desde 1850 destacándose un pronunciado aumento a partir de 1980. Todo parecería apuntar a que algo ha sucedido desde entonces pero, ¿qué refleja exactamente este gráfico?

Alguien podría destacar con razón que se observa una subida de 1,1°C a lo largo de 120 años, concluyendo que ha habido una subida de 0,09°C

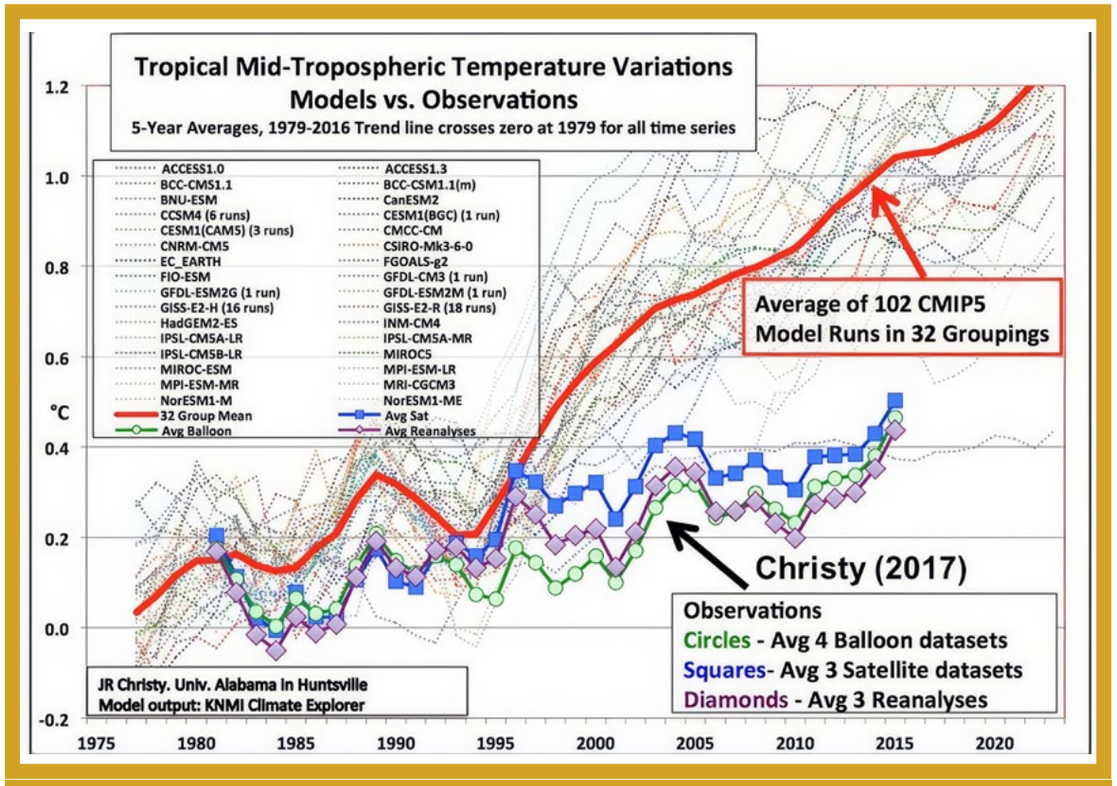


Figura 5. Divergencia entre los modelos de clima pronosticados y las observaciones reales, de 1979 a 2016.

por década. Sin embargo, hay periodos de varias décadas en los que vemos un comportamiento muy distinto. Por ejemplo, la tasa de subida llegó a doblar ese promedio durante los años que van de 1980 a 2020 (0,2° por década) y además, en cambio, fue negativa los 40 años previos, de 1940 a 1980 (-0,05° por década). Y 30 años antes, de 1910 a 1940, había estado cerca de doblar también el promedio de 0,09°C por década. De esto se deduce que las tendencias suelen depender mucho del intervalo temporal elegido: prácticamente puede extraerse cualquier tendencia, la que se quiera, según el intervalo que se elija.

Si ampliáramos el gráfico por la derecha y nos ciñéramos al período 1979-2019, que es realmente el único periodo en el que podríamos decir que las mediciones son precisas y globales gracias al uso de los satélites modernos, podríamos ver que el aumento de las temperaturas (en el que, por cierto, se ha emitido más CO_2 que nunca) apenas ha crecido una décima de grado por década. Es más, desde 1997 hasta la actualidad, la tendencia se ha mantenido estable.

Este periodo, popularmente conocido como "la pausa", no sólo no fue anticipada por ninguno de los modelos climáticos del IPCC, sino que supone en la actualidad un auténtico reto para los científicos: ¿cómo es posible que emitiendo más gases de efecto invernadero que nunca, la temperatura no se haya disparado de un modo paralelo? ¿Por qué esta disparidad también se mantuvo durante 40 años a lo largo del pasado siglo (1940-1980), haciendo que el entonces consenso científico se centrara en el miedo a una inminente glaciación? Y es que la falta de perspectiva a la hora de examinar los datos puede tener unas consecuencias nefastas.

A fin de establecer hasta qué punto la influencia humana está impulsando el calentamiento global, podría ser de gran utilidad volver a ampliar nuestro gráfico anterior, pero esta vez por el lado izquierdo.

Gracias a los avances en la ciencia geológica podemos reconstruir el clima anterior a toda influencia humana. Esta reconstrucción debe hacerse mediante los llamados datos proxy, usando

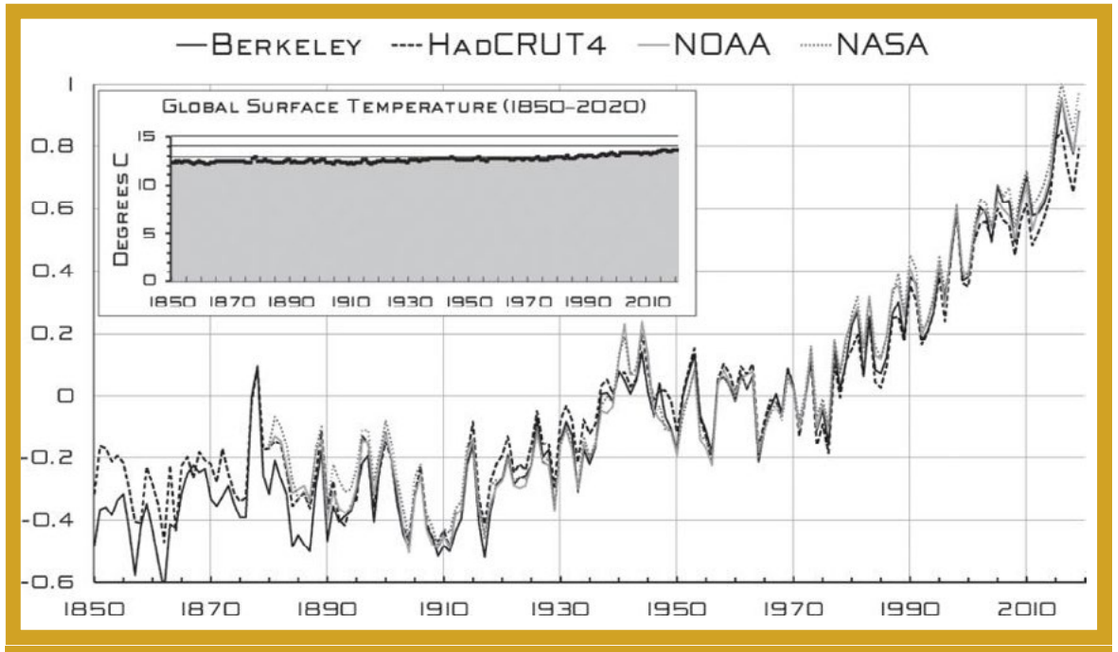


Figura 6. Desviación de la temperatura global (1859 a 2020).

distintos elementos para medirlo: los anillos de los árboles, el hielo, los fondos oceánicos…

Para hacerlo, podemos centrarnos en el gráfico siguiente.

En el panel de abajo vemos que el planeta se ha calentado 5°C desde hace unos 20.000 años, cuando gran parte de la tierra estaba cubierta por capas de hielo. Es más, nuestro conocimiento de la Historia nos permite concluir que la temperatura relativamente cálida y estable de los últimos 10.000 años ha sido un factor fundamental para el rápido desarrollo de la civilización humana.

En el mismo panel vemos cómo se alternan periodos de rápido calentamiento con otros de enfriamiento más lento. Al principio, cada 40.000 años y, después, cada 100.000 años. Estos cambios son explicables por los cambios en la órbita de la Tierra alrededor del sol y la inclinación de su eje. Vemos también que el último periodo cálido antes de la actual empezó hace alrededor de 127.000 años, durando unos 20.000. Durante ese periodo, la temperatura ascendió a 2°C, llegando a calentarse la capa superior del océano entre 2 y 3°C por encima de su temperatura actual.

Más atrás en el tiempo podemos ver temperaturas mucho más elevadas y cambios más bruscos.

Cabe destacar que, aunque la escala temporal del gráfico pueda incluso desorientarnos por su amplitud, apenas abarca un 10 % de la historia de la Tierra, no apareciendo los seres humanos hasta la mitad del penúltimo panel. De esto, entre otras, pueden sacarse dos conclusiones claras: primera, que el clima no necesita de la influencia humana para cambiar; y segunda, que la Tierra ha sufrido cambios mucho más bruscos de los que somos capaces de imaginar sin que haya supuesto su final.

En cualquier caso, las variaciones de la temperatura en superficie y el contenido de calor de los océanos que tuvo lugar en el pasado anterior a 1880 no refutan que la subida de cerca de 1° de temperatura global en superficie sea obra del ser humano, pero dejan fuera de toda duda que las fuerzas de la naturaleza también son poderosos factores que impulsan el clima. Así pues, la verdadera pregunta no es si el planeta se ha calentado en los últimos tiempos, sino en qué medida el CO_2 (y más concretamente el CO_2 antropogénico) es quien está generando este calentamiento. Y para saberlo necesitamos poder computar la influencia de los factores naturales que influyen en el clima, algo que, al menos por ahora, nos es completamente imposible.

Saber cómo responde el sistema climático a la influencia humana se parece mucho al problema de la relación entre la nutrición y la pérdida de peso. Es tanto como tratar de inferir la influencia en la pérdida de peso de un ser humano a lo largo de todo un año, añadiendo cada día la ingesta de medio pepino, unas 20 calorías más (un incremento del 1 % en la ingesta promedio para un adulto, de unas 2000 calorías al día). Teniendo en cuenta la cantidad de factores que influyen en la dieta, y que muchos, por no decir la mayoría, somos incapaces de medir con precisión, el hecho de tratar de cuantificar la adición de medio pepino al día supondría que todo lo demás durante todos los días permanecerá constante, algo prácticamente imposible: energía gastada, energía ingerida, regulación corporal….

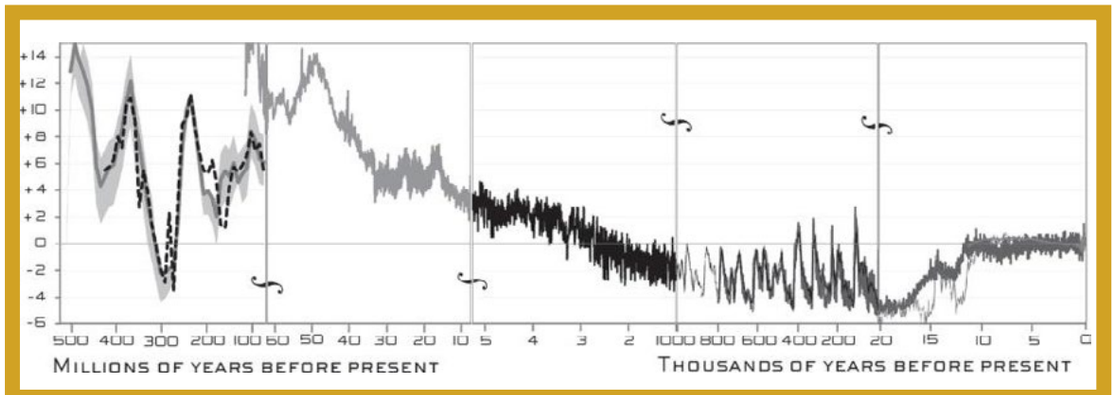


Figura 7. Temperatura del planeta Tierra.

El problema del CO_2 de origen humano y el clima es que, igual que pasaría con el experimento del pepino, todo lo demás no necesariamente se mantiene constante por su propia naturaleza y por otros factores.

Sí sabemos que el CO_2 antropogénico es sólo una parte relativamente pequeña en el ciclo natural del carbono que se desplaza entre la corteza terrestre, los océanos, las plantas y la atmósfera. Y que nuestra aportación a ese ciclo seguirá aumentando durante las próximas décadas bajo cualquier escenario. Pero esto no son datos suficientes con los que abordar la influencia real del CO_2 en la temperatura terrestre.

Pese a las amenazas de Al Gore y sus colegas del IPCC, si abrimos la perspectiva del tiempo a escala geológica, como hemos hecho con la temperatura, vemos cómo solamente una vez en el pasado geológico (hace 300 millones de años) los niveles de CO_2 atmosférico fueron tan bajos como actualmente.

Si abrimos la perspectiva del tiempo a escala geológica vemos que solamente una vez, hace 300 millones de años, los niveles de CO2 atmosférico fueron tan bajos como actualmente.

Por ejemplo, basta saber que hay otras influencias humanas, como las emisiones de metano u otros gases menos abundantes, que ejercen una influencia de calentamiento casi equivalente a la del CO_2 antropogénico.

Además, no todas las influencias humanas provocan calentamiento. Por ejemplo, los aerosoles de origen humano o la deforestación, elevan el albedo terrestre hasta el punto de anular prácticamente la mitad del calentamiento de los gases de efecto invernadero antropogénicos. Asimismo, hay que contar con los fenómenos naturales, como las variaciones solares o la erupción de los volcanes, capaces de neutralizar completamente la influencia humana durante meses.

Todo esto nos da una idea general de la cantidad de variables que tendríamos que conocer con total precisión a fin de calcular el impacto real de la influencia humana. Sin embargo, vemos que en nuestra ecuación prácticamente todo son incógnitas a despejar. Tratar de convencernos a nosotros mismos de que esto es posible parece más bien una locura.

La Tierra se formó hace 4.500 millones de años con una cantidad fija de carbono. Hoy esa cantidad se encuentra en distintas condiciones por todo el planeta repartidas, en lo que se ha dado en llamar "depósitos de carbono".

El carbono terrestre se desplaza entre esos depósitos por acción de poderosos procesos naturales que lo mueven y a menudo transforman su configuración química, siendo el más importante el provocado por la acción del metabolismo de las plantas y su fotosíntesis, que mueve cerca de la cuarta parte del carbono de la superficie a la atmósfera y viceversa.

Este gran ciclo anual se ve alterado por el CO_2 emitido por la quema de combustibles fósiles ya que, para ello, se necesita extraer carbono de las profundidades del subsuelo. Esto supone del orden del 4,5 % del carbono que fluye cada año, del cual, aproximadamente, la mitad es absorbido por la superficie (provocando entre otras co-

sas el aumento de la vegetación) y la otra mitad permanece en la atmósfera, incrementando su concentración de CO_2.

Desde 1750, esta concentración ha subido de 280 a 410 partes por millón en 2019 y sigue subiendo 2,3 partes por millón cada año. Aunque la mayor parte del CO_2 actual es natural, parece que su aumento se debe a la actividad humana.

Hasta aquí todo parece claro. Son hechos que sabemos a ciencia cierta. El problema es que todo eso que sabemos queda empequeñecido, como ya se ha dicho, por la inmensidad de factores relacionados con el clima que aún desconocemos.

¿De verdad tiene sentido poner en riesgo nuestro actual bienestar pensando que así vamos a ser capaces de dominar el clima?

Cuando la comunidad científica trata de ir más allá; cuando, cumpliendo con su deber, se adentran en el neblinoso terreno de la duda, deben hacerlo haciendo uso de la especulación y la hipótesis. Y éstas, para convertirse en definiciones, deben pasar la prueba de su confrontación con la realidad. Saltarse este último paso puede suponer un enorme peligro para todos sobre todo porque se está haciendo con la promoción del más alto poder político.

Hoy en día, nos hemos acostumbrado a confundir especulaciones con definiciones. También a la mixtificación y confusión de los conceptos más dispares. Y, sobre todo, a la simplificación de algo tan sumamente complejo como el clima.

Podemos hablar del clima a grandes rasgos. Pero nuestra desorientación es total en cuanto queremos profundizar es sus detalles.

El clima se define canónicamente como las condiciones meteorológicas medias que caracterizan a un lugar determinado. Es una síntesis del tiempo atmosférico, obtenida a partir de estadísticas a largo plazo de una serie de elementos complejos que se relacionan de un modo caótico. La temperatura, la radiación solar, el albedo, las corrientes oceánicas, la acción de las nubes… todos son elementos que influyen de un modo desordenado, dinámico y simultáneo en una inmensa maraña de relaciones que somos incapaces de ordenar. No hay en él relaciones lineales ni estables, por definición. Y no sólo no conocemos cómo se relacionan todos sus elementos, sino que si algo sabemos a ciencia cierta es que ni siquiera los conocemos todos. Es más, los que conocemos, ni siquiera podemos estar seguros de conocerlos bien.

Sabiendo esto, ¿de verdad tiene sentido poner en riesgo nuestro actual bienestar pensando que así vamos a ser capaces de dominar el clima? ¿Estamos realmente en condiciones de identificar a los combustibles fósiles como el arma de un supuesto crimen climático?

La duda no entra en la agenda oficial del clima. Las Naciones Unidas, y más concretamente su Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC), fueron creados con un doble pecado original: 1) no usar la ciencia para buscar la verdad, sino crear la ciencia necesaria que justifique una premisa dada a priori; y 2) que la duda no justifique nunca el posponer acciones políticas concretas para frenar el desarrollo de las naciones industrializadas.

A partir del Informe del Palo de Hockey, el IPCC fue adoptando cada vez más términos propios de las Ciencias Sociales, como el "desarrollo sostenible", que se convirtió en el gran mantra del ecologismo junto al "consenso". Estos conceptos no es que no sean propios de las Ciencias Naturales, sino que son radicalmente contrarios a ella.

Si hay algo de lo que podemos estar seguros sobre la ciencia natural es que no se hace, precisamente, por consenso. La Teoría de la Gravedad no funciona porque se haya votado en mayoría. Es más, la historia de la ciencia nos demuestra que las grandes verdades han avanzado siempre en contra de la mayoría. Baste recordar el caso de Galileo. Y, sin embargo, en esto también parece que la "ciencia del clima" tiene sus propias reglas: no admite debate alguno; quienes dudan, son vistos como herejes. Todo queda inmediatamente eclipsado por una cifra mágica: "el 97% de los científicos".

El constante bombardeo propagandístico ecologista no termina de calar. Más allá de su validez científica, parece que sus premisas no son aceptadas en la práctica.

¿De dónde sale esa cifra? Es el resultado de un trabajo de investigación de John Cook cuya conclusión resumió el propio presidente Obama en 2013: "*El 97% de los científicos están de acuerdo: el cambio climático es real, peligroso y está causado por el hombre*". En realidad, el resumen del artículo decía literalmente que *"más del 97% [de los artículos analizados] respaldan la idea de que la Tierra se está calentando y que las emisiones de gases de efecto invernadero de origen humano son su principal causa*". Al margen del sesgo en la elección de los artículos que analizó Cook para su investigación, resulta que si analizamos su metodología descubrimos que apenas el 2% podrían entrar dentro del "apoyo explícito con cuantificación" (esto es, que sus autores defendieran que el ser humano es responsable en al menos un 50% del calentamiento). Como la cifra es irrisoria, Cook creó la categoría del "apoyo explícito sin cuantificación", donde los autores no decían si el ser humano era responsable del 1% o del 100%. Como aún le parecía poco, sumó una tercera categoría: el "apoyo implícito", con la que sumó todos los artículos que sugiriesen que el ser humano tenía alguna influencia en el calentamiento global. Visto así, lo que habría que preguntarse es qué clase de artículo pertenecía el 3% que no entra en ninguna de esas categorías.

Un ejemplo más de manipulación y, sobre todo, de burla al método científico. Y, de nuevo, un ejemplo nada baladí, ya que con él se crea el gran argumento con el que cerrar de inmediato cualquier debate sobre el calentamiento global.

Sin embargo, el mensaje ecologista sigue topándose con el hecho frustrante de que su constante bombardeo propagandístico no termina de calar. Más allá de su validez científica, parece que sus premisas no son aceptadas en la práctica.

Si así fuera, los gobiernos no necesitarían recurrir a la coerción (directa o indirecta) de sus ciudadanos para obligarles a salvarse del apocalipsis que viene. Pese a los miedos con que nos amenaza el ecologismo oficial, los ciudadanos demuestran en la práctica no estar dispuestos a hacer ninguno de los severos sacrificios a los que nos quieren obligar. Si así fuera, no haría falta ninguna planificación estatal, tal y como sucedió en el pasado. Pensemos en el paso del coche de caballos o el carro de bueyes al automóvil o al tractor; o en la transición del barco de vela al de vapor y luego al movido por motores diésel. Ninguno de ellos fue programado y, sin embargo, se dio con naturalidad. Eso pudo ser básicamente porque fue una transición voluntaria derivada de que la nueva fuente de energía o la nueva forma de movilidad aportaban ventajas reales (subjetivamente percibidas como tal) a sus potenciales usuarios.

Otra lección que nos enseñan esos ejemplos históricos es que la ausencia de coacción estatal

en el proceso permitió que coexistieran al mismo tiempo las técnicas viejas, las actuales y las que estaban aún desarrollándose, evitando así descoordinaciones propias del intervencionismo estatal. Por ello, además, no fue necesario hacer gigantescos planes de ayuda a la transición, ya sea para ayudar a la adquisición de las nuevas tecnologías o para facilitar el abandono de las viejas. No es este el caso actual. Una encuesta reciente del Washintong Post (2019) reveló que la gran mayoría de los encuestados no gastaría más de 24 dólares al año para solucionar un problema con el que decían estar muy concienciados. Conviene recordar que las políticas verdes ya están suponiendo un coste que varía entre los miles y las decenas de miles de dólares por persona al año.

Todos y cada uno de los acuerdos, tratados, cumbres y reuniones internacionales para luchar contra el cambio climático no pasan en la práctica de ser meras declaraciones vacías.

Pero no sólo son los ciudadanos quienes en la práctica rechazan las tesis ecologistas. Más grave aún es la hipocresía de los propios gobiernos. Si de verdad enfrentamos un problema existencial y ese problema es reversible, cabría esperar que los gobiernos (impulsores últimos del mensaje ecologista) fueran los primeros en dar ejemplo.

Uno de los argumentos más utilizados para cargar contra el capitalismo es el de que "*cien empresas son las responsables del 70% de las emisiones globales de* CO_2". Sin embargo, al analizar la lista de esas empresas nos llevamos una sorpresa: ocho de esas diez empresas (que suponen el 32,3% del total de emisiones por CO_2) son de carácter público. Si vamos al dato práctico, del 70% de las emisiones aludidas, sólo el 20% provendría de empresas privadas. El resto es responsabilidad exclusiva de los mismos gobiernos que pretenden propagar el miedo a los combustibles fósiles. En el colmo de la hipocresía, en épocas recientes hemos visto cómo, en cuanto la situación internacional ha hecho subir los precios de los carburantes, no sólo no han aprovechado la situación para reducir las emisiones, sino que han corrido a subvencionarlos para que la gente siguiera usándolos con normalidad.

Todos estos hechos no hacen sino desmentir en la práctica todo el discurso de la irreversibilidad de la transición energética y, sobre, todo desacreditando su urgencia. La paradoja es que el descrédito principal proviene de sus principales propulsores.

Por otro lado, ¿alguien imagina que los grandes acuerdos mundiales sobre el uso de armas nucleares fueran meramente declaraciones de intenciones, basados en la mera voluntariedad y sin la contemplación de ninguna sanción por su incumplimiento? Pues bien, esos son los pilares básicos de todos los acuerdos en materia ecologista. Pese al bombo propagandístico que conllevan, todos y cada uno de los acuerdos, tratados, cumbres y reuniones internacionales para "luchar contra el cambio climático" (que se supone va a acabar, no con un país, sino con el planeta entero) no pasan en la práctica de ser meras declaraciones vacías.

Ante este problema, los líderes del movimiento ecologista tienen clara la solución: se hace necesario un gobierno mundial capaz de centralizar las decisiones e imponer sanciones a todos aquellos que no obedezcan sus dictados. Esta es una solución obvia a tenor de los postulados socialistas que sostienen todo el argumentario ecologista (recordemos que la causa del calentamiento global fue la excusa perfecta —por sus intrínsecas características— para ponerlo en práctica). Es más, la creación de un superestado mundial sería el ideal último de los grandes líderes del movimiento.

Sin embargo, esto no haría sino empeorar las graves consecuencias que la intervención estatal de los distintos gobiernos ya está provocando. Y es que, tal y como demuestra la teoría de la imposibilidad del socialismo, la intervención estatal no trae más que descoordinación y caos, resultando improductiva incluso para sus propios intereses.

Demos temporalmente por bueno el argumento central del ecologismo oficial: nuestro planeta corre peligro a causa de las emisiones de gases de efecto invernadero de origen humano. ¿De verdad podemos decir que el intervencionismo estatal está ayudando a reducirlas?

Si de verdad nuestro planeta corre peligro a causa de las emisiones de gases de efecto invernadero de origen humano, ¿de verdad el intervencionismo estatal está ayudando a reducirlas?

En su afán catastrofista, desde las instancias de poder se suele hacer énfasis en plazos concretos a fin de enfatizar la urgencia de las medidas intervencionistas. Cuando estos plazos se quedan en mensajes propagandísticos ("el plazo se agota", "el mundo se acabará en 5 años"...), lo más que pueden causar es el debilitamiento del mensaje. Pero cuando estos plazos son incorporados a la legislación, el daño real que producen es irreversible.

En economías muy capitalizadas como las occidentales, los procesos productivos son muy largos y se conllevan grandes cantidades de tiempo para su ejecución. El mercado al anticipar los precios futuros, hace que las consecuencias comiencen en el mismo momento en que se establecen las medidas. Por ejemplo, esto provocará que los futuros ingenieros de hoy descarten investigar el modo de hacer más eficientes los motores de combustión en el futuro. Las fábricas de este tipo de motores comenzarán a reducir drásticamente las inversiones que podrían haber previsto a veinte años y comenzarán a no amortizar la maquinaria especializada. A la industria de refino le pasará algo semejante. Lentamente, irá cerrando y dejando de invertir en mejorar la calidad de su producto o en investigar en productos con menos emisiones. Todas las inversiones en mejoras en el carburante fósil serán lentamente abandonadas, dado lo estricto de la prohibición que el mensaje ecologista exige. Y así, poco a poco, irán abandonándose todos los procesos que podrían habernos conducido a un futuro con muchas menos emisiones.

Otro ejemplo que podría citarse es el de la responsabilidad de las políticas intervencionistas a la hora de incentivar una producción y un consumo excesivo, no basado en ahorro real. Al descoordinarse la información que debería fluir libre en el mercado -fundamentalmente, en el proceso de la formación de precios debido al papel pernicioso de los bancos centrales-, se producen múltiples procesos de ineficiencia y despilfarro, aumentado sin duda la cantidad de emisiones que se hubieran dado en una situación de libre competencia.

Es llamativo también comprobar cómo, en nombre de lo verde, las políticas ecologistas detendrían el inmenso proceso de reverdecimiento del planeta que se ha producido en los últimos años, debido en gran parte al efecto fertilizador del CO_2. En los últimos 35 años, se ha incrementado la frondosidad de las plantas y los árboles en una cantidad equivalente al doble de

la superficie continental de Estados Unidos; o sea, el equivalente a cubrir de plantas y árboles todo el continente australiano dos veces. Contrariamente a lo publicitado por el ecologismo oficial, la riqueza y la libertad están permitiendo recuperar niveles de reverdecimiento no vistos desde el año 1500.

Por no hablar de la fatal arrogancia estatal a la hora de elegir de un modo centralizado —donde la libre formación de precios y la competencia brillan por su ausencia— las distintas formas de energía con las que sostener el progreso de la humanidad. Es evidente que un uso en libertad de este tipo de las energías renovables podría ser muy beneficioso en determinadas circunstancias de tiempo, forma y lugar. Pero esas circunstancias, al no ser definidas en un entorno de libertad, pueden tener consecuencias ecológicas catastróficas, como de hecho está sucediendo ya. Los ejemplos son múltiples:

- la muerte de millones de animales causados por los molinos de viento y el impacto de las instalaciones renovables en los ecosistemas: multitud de especies de insectos, murciélagos, halcones, águilas, búhos y cóndores… mueren por millones sin ninguna publicidad ni escándalo generalizado.
- la inmensa cantidad de tierra que tendríamos que dedicar a la generación de energía: un parque eólico, por ejemplo, requiere aproximadamente 450 veces más terreno que una central de energía de gas natural.

Las dos grandes vías de acción frente a los cambios climáticos son la adaptación y la mitigación. El intervencionismo estatal de los gobiernos opta ciegamente (y en exclusiva) por la segunda opción cometiendo con ello dos grandes errores.

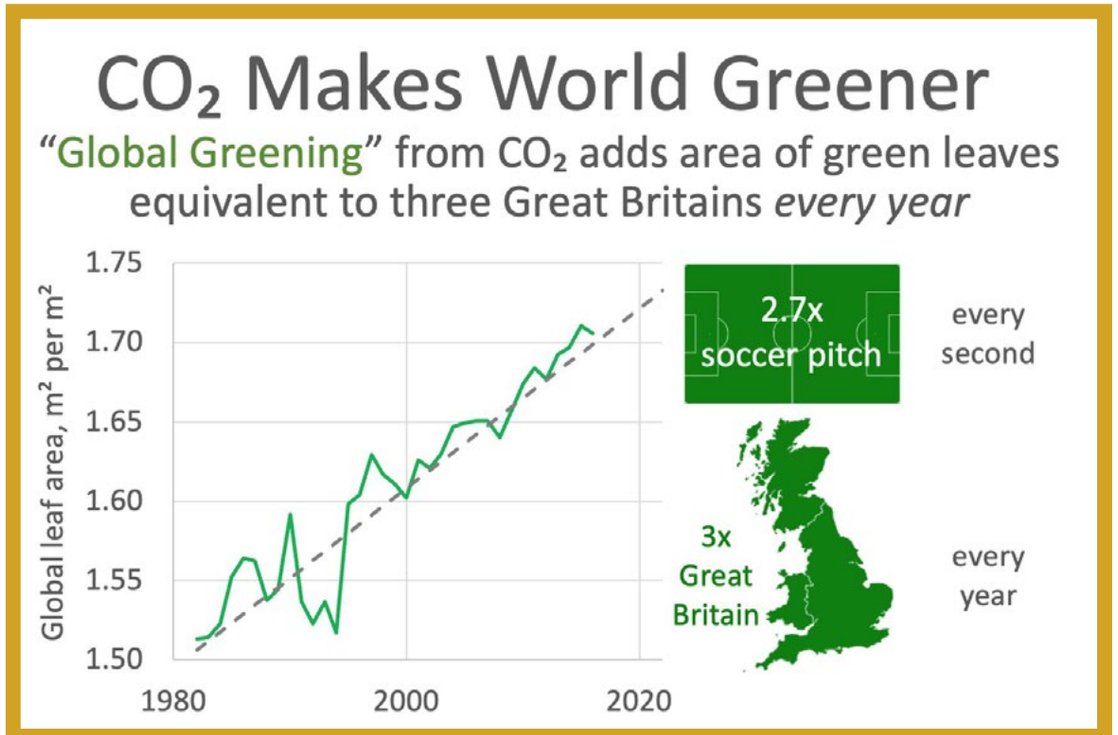


Figura 8. Reverdecimiento global: el CO2 añade al planeta tres veces el área de Gran Bretaña cada año.

En primer lugar, pensar que la mitigación es posible. Esta es quizá la peor de las confusiones a que nos ha llevado la propaganda oficial del calentamiento antropomórfico. La arrogancia de unos políticos que creen (o dicen creer) poder contener las fuerzas de la naturaleza a base de decretos con los que empobrecer a la población resulta grotesca. Y hacerlo en nombre de la ciencia es peor aún. Sus propios modelos son incapaces de mostrar resultados óptimos. En el mejor de los casos, el acuerdo de París solo conseguirá el 1 % de lo que los políticos han prometido (limitar el aumento de la temperatura a 1,5 °C) con un coste en recursos para los ciudadanos inmenso.

Pero es que, además, en segundo lugar, al extraer tal cantidad de recursos del mercado (en forma de dinero, conocimiento, coordinación…) se está debilitando la vía de la adaptación, que es precisamente lo que mejor sabemos hacer.

El ser humano ha llegado a ser como es, precisamente, a base de luchar por su supervivencia en contra de las condiciones climatológicas. Gran parte de su desarrollo cognitivo se ha debido al ingenio que ha tenido que desarrollar para luchar contra las inclemencias meteorológicas. Una de las claves para descubrir la tecnología capitalista fue aprender a pensar a medio y largo plazo, y eso lo hicimos, en buena medida, como respuesta de supervivencia a los grandes ciclos naturales (estaciones, día y noche, mareas…).

Gracias al capitalismo y a los combustibles fósiles, el ser humano se ha independizado como nunca antes de tener que pensar en las condiciones meteorológicas para sobrevivir. Jamás fue tan residual la cantidad de gente a nivel mundial que depende en su día a día del calor, del frío o de la lluvia. Y esto se debe a que tenemos construcciones, tecnología, vestimenta… que nos protegen contra todo ello. Y, sobre todo, a que tenemos más conocimiento que nunca para seguir desarrollando vías de acción contra las inclemencias del clima. Pues bien, el ecologismo oficial no sólo desincentiva las vías de adaptación, sino que, en los modelos que usa para asustarnos, directamente las niega: las cifras de muertes previstas para las grandes catástrofes con que tratan de atemorizarnos sólo salen si se da por hecho que el ser humano no será capaz de adaptarse en absoluto a ninguna de las posibles consecuencias del cambio climático.

El intervencionismo estatal de los gobiernos opta ciegamente y en exclusiva por la vía de la mitigación, cometiendo con ello grandes errores.

Una de las formas más comunes para incentivar el miedo es la de usar fotomontajes mostrando ciudades inundadas por el agua. Lo que no cuentan es que ese problema ha sido ya solventado por la humanidad hace mucho tiempo. En la actualidad hay 110 millones de personas que viven "bajo el agua" de manera habitual. Tal es el caso de Holanda: grandes extensiones de terreno, incluido el aeropuerto de Schiphol, uno de los más grandes del mundo, están literalmente construidos bajo el nivel del mar con marea alta. Londres es otro ejemplo. Sin embargo, nadie en Holanda, Londres o el delta del Mekong necesita bucear para desplazarse de un lado a otro gracias a que la humanidad se ha adaptado al medio con diques y sistemas de protección contra inundaciones. Si eso ya se ha conseguido en el pasado, qué no podremos hacer en el futuro.

Pues bien, los ecologistas tratan de convencernos de que una supuesta subida del nivel del mar supondrá daños por un valor de 14 billones

de dólares. ¿Cómo obtienen esa cifra? Al margen de la dudosa validez científica de la proyección de subida del nivel del mar, la estimación se hace dando por sentado que cuando eso suceda, pese a que probablemente seremos más ricos y dispondremos de mejores tecnologías, todos los países amenazados se empeñarán en no tomar ninguna medida de adaptación, incluida la de copiar las viejas (y exitosas) tecnologías ya existentes.

La misma lógica errónea es la que usan en relación con las olas de calor: dan por supuesto que nadie en las ciudades supuestamente amenazadas conseguirá hacer algo tan sensato como comprarse un aparato de aire acondicionado. Esto puede parecer ridículo, pero es la única manera de justificar las cifras terribles. Fue precisamente el uso de aparatos de aire acondicionado lo que permitió que Nueva York redujera en dos terceras partes las muertes causadas por el calor entre las décadas de 1960 y 1990. Lo mismo sucedió en Francia cuando en 2003 empezaron a instalar el aire acondicionado en las residencias de mayores reduciendo drásticamente las hospitalizaciones debidas al calor.

Entonces, ¿qué ocurre si se cuenta con que la población reaccionará tal como siempre lo ha hecho, pero encima con más recursos, más riqueza, más tecnología? Pues que el miedo desaparece por completo. Y lo mismo con todos cada uno de los desastres naturales con que nos tratan de aterrorizar: incendios, huracanes, terremotos… Jamás habíamos estado tan preparados para enfrentarlos, y jamás nos habían hecho tan poco daño como en la actualidad, donde las muertes relacionadas con la climatología han descendido un 99%.

En definitiva, lo que determinará que países como el Congo se inunden o caigan en otro tipo de catástrofes humanitarias no es si el mundo aplica o no políticas sostenibles o de activismo climático. Su bienestar dependerá íntegramente de su desarrollo económico. Del mismo modo, mojarse o no los días que llueve dependerá de tener o no un paraguas, no de que seamos capaces de manejar el clima a nuestro antojo. Adaptación y desarrollo, no estancamiento y utopías, es la única respuesta. El Congo no es más susceptible a los desastres que los europeos porque el clima sea racista: nuestro mayor desarrollo nos hace más fuertes. Nada más.

Desde los países prósperos tendemos a pensar en los combustibles fósiles de un modo frívolo a causa del imaginario que sus detractores han conseguido implantar.

Y es que lo que hace el capitalismo no es convertir un clima estable y seguro en uno peligroso, como aseguran el ecologismo oficial, sino más bien conseguir que un clima naturalmente volátil y peligroso sea cada vez más seguro para todos.

Por último, conviene poner el foco en la principal contradicción que podría generar la transición energética: siendo su principal razón la de reducir emisiones, podría provocar un aumento considerable de las mismas. Y es que si la generación de electricidad de un país en cuestión es neutra en gases, como ocurre por ejemplo en Noruega, el proceso de transición cumplirá sus objetivos de descarbonizar. Si, por el contrario, la generación requiere del uso de carbón, fuel o gas, como en el caso de China, bien pudiera suceder que, al final, la adopción de tecnologías supuestamente limpias como el coche eléctrico, terminase emitiendo más que antes por lo que, en el mejor de los casos, no serviría de nada el adoptar la nueva tecnología.

Ya hay ejemplos, en la propia Europa, en los que la adopción de energías renovables, lejos de traer ningún supuesto beneficio, está provocando una clara regresión hacia formas más contaminantes de energía. El caso paradigmático es el de Alemania. Embarcada desde hace 20 años en una transición energética intervencionista, en 2025 habrá gastado más de 580.000 millones de dólares, para generar sólo el 42% de su electricidad a partir de energía eólica, solar y biomasa, dependiendo del respaldo del gas natural, de la importación de energía de países vecinos y de la vuelta forzada al uso de la quema de carbón (el combustible fósil con más emisiones). Aun así, sobrevuela constantemente su territorio el peligro de apagones, llegando a emitir anuncios con consejos para sobrevivir a los mismos por parte del Gobierno (¡en Alemania!). Y todo a un coste asombroso: los precios en electricidad han subido un 50% desde 2007, siendo en 2019 un 45% más caros que la media europea. No son un caso aislado para sacar conclusiones. En EEUU, por ejemplo, tienen a California, puntera en "energías limpias", donde el precio de la energía ha aumentado seis veces más rápido que en resto del país desde 2011.

Pero todos estos efectos serían, al final, accesorios. Porque la consecuencia última y segura

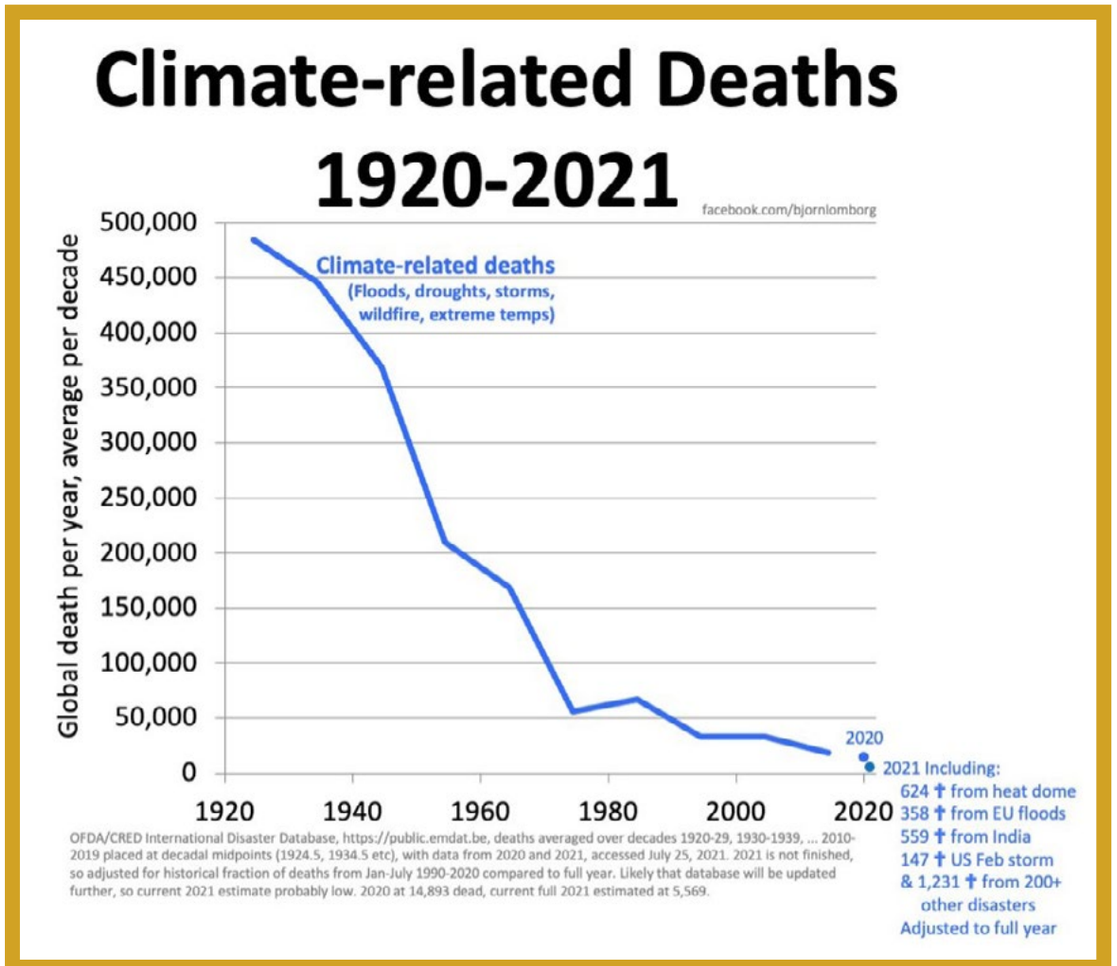


Figura 9. Evolución de las muertes debidas al clima, de 1920 a 2021.

de todas estas políticas intervencionistas no sería otra que el empobrecimiento general de la población mundial, especialmente de los más desvalidos, esos a los que, en nombre de un futuro mejor, les negamos, en el colmo de la arrogancia, el acceso a los instrumentos responsables de nuestra riqueza y bienestar: los combustibles fósiles. Y es que, en última instancia, los combustibles fósiles son los grandes responsables de que se pueda seguir alimentando a la población mundial. El ejemplo de Sri Lanka es esclarecedor a este respecto.

Asesorado por la Fundación Rockefeller y. numerosos comités de expertos científicos y sociales, el Presidente de Sri Lanka, Gotabaya Rajapaksa, prometió convertir la industria agrícola del país en agricultura ecológica en un plazo de diez años. En abril de 2021, prohibió la importación y el uso de fertilizantes y pesticidas sintéticos y ordenó a los dos millones de agricultores del país que se pasaran a la agricultura ecológica. Los revolucionarios verdes occidentales quedaron tan satisfechos que otorgaron a Sri Lanka una puntuación casi perfecta en materia medioambiental, social y de gobernanza (ESG) de 98, muy superior a la puntuación de 51 de Estados Unidos.

¿Cuáles fueron los resultados inmediatos de estas medidas? Pues que quienes hasta ese momento vivían en un país próspero y exportador de materias primas, pasaron a conocer en tiempo récord la pobreza y el hambre.

Desde los países prósperos tendemos a pensar en los combustibles fósiles de un modo frívolo gracias al imaginario que sus detractores han conseguido implantar: chimeneas humeantes encendidas por malvados capitalistas. Sin embargo, su importancia va más allá. Mucho más allá. Todo cuanto nos rodea se debe a los combustibles fosiles: la tecnología, la ropa, los hospitales, las carreteras… y, sobre todo, la comida se la debemos, al menos de momento, a este tipo de combustibles. Su eliminación por decreto nos haría volver a nuestra vieja y natural condición de pobreza extrema. Lo que pasó en Sri Lanka: un suicidio económico que acabó con un 30-50% de sus cosechas en pocos meses y con ello el fin de la paz social, el aumento de precios y el hambre.

Como vemos, detrás de la cara verde de la moneda ecologista, está siempre el revés del empobrecimiento generalizado.

Un empobrecimiento que haría volver a la casilla de salida a los países que han logrado por fin escapar, con enorme esfuerzo, de la trampa malthusiana y las condiciones de vida que han atenazado al ser humano a lo largo de la mayoría de su historia. Las mejoras en salud, esperanza de vida, alfabetización, bienestar… no están garantizadas. Son consecuencia directa de un modo de vida concreto, basado en la libertad y el capitalismo. Un modo de vida sustentado en la energía barata, fiable y abundante que solo pueden darnos, hoy en día, los combustibles fósiles. Pero que seguro en el futuro nos la aportarán otros modos de energía que nos proporcionarán más beneficios en términos económicos y ecológicos. Y no tendrá que obligarnos a ello ningún gobierno. Ahí están la fisión y la fusión nuclear a nuestro alcance, anunciando un futuro de esplendor y abundancia (si el ecologismo no lo impide).

Buscar la condena del capitalismo o de los combustibles fósiles implica condenarnos a todos a la muerte y la pobreza.

Buscar la condena del capitalismo o de los combustibles fósiles implica condenarnos a todos a la muerte y la pobreza. Por ello, debería hacerse con una especial cantidad de pruebas ciertas y a todas luces evidentes.

La "duda razonable" es un concepto fundamental en los sistemas legales civilizados. Se refiere al principio de que un acusado no debe ser declarado culpable a menos que la evidencia en su contra sea tan convincente que no quede ninguna duda razonable en la mente del jurado o del juez.

En este caso, disponemos de una enorme cantidad de evidencias a favor tanto del capitalismo como de los combustibles fósiles. En su contra, una enorme serie de exageraciones, pruebas deliberadamente falsas y, en el mejor de los casos, sospechas no del todo fundadas.

Siendo así, ¿de verdad estamos dispuestos a declararlos culpables?

Rodaje del documental. Arriba, entrevista a Manuel Fernández Ordóñez, físico nuclear y miembro del Consejo de la Fundación para el Avance de la Libertad. Debajo, la realizada al economista Daniel Lacalle.

Rodaje del documental. Sobre estas líneas, la entrevista al catedrático de Economía Jesús Huerta de Soto. Debajo, la realizada el periodista económico Domingo Soriano.

SOBRE LA FUNDACIÓN, LA REVISTA *AVANCE* Y EL SUPLEMENTO *CUADERNOS*

La entidad editora de la revista *AVANCE de la Libertad* y del suplemento que tiene en sus manos es la Fundación para el Avance de la Libertad (Fundalib), con domicilio en Madrid. Desde 2015, la Fundación trabaja por la causa de la libertad económica y personal de los seres humanos. Fundalib es una entidad asociada a la Red Atlas, con sede en Washington, que agrupa a unos quinientos *think tanks* pro libertad en un centenar de países. Pertenece también a varias redes europeas de institutos de pensamiento y es *partner* de la Fundación Friedrich Naumann para la Libertad.

La Fundación investiga sobre distintos aspectos de la libertad en varias de sus vertientes, y elabora de forma periódica índices nacionales e internacionales de situación de la libertad, entre los que cabe destacar el Índice Mundial de Libertad Moral (WIMF por sus siglas en inglés), el Índice Autonómico de Competitividad Fiscal (IACF) o el Índice de Libertad Económica de las Ciudades Españolas (ILECE). Este último fue galardonado en 2020 con el Europe Liberty Award. Fundalib ha obtenido varios premios y distinciones más, destacando en particular su primer puesto en la competición de *think tanks* organizada por el European Resource Bank en Chişinau (Moldavia) en 2019.

La Fundación apoya a diversas organizaciones de activismo en la sociedad civil, y mantiene una colección de libros, la Colección Avance, bajo el prestigioso sello de Unión Editorial. En el sitio web fundalib.org están disponibles las publicaciones de la Fundación, entre ellas la serie de Informes breves sobre cuestiones de actualidad. La Fundación destaca también por su producción de documentales, que han sido seleccionados o premiados en festivales de Miami, Seúl y Nueva York, y están disponibles en el canal de YouTube de la entidad.

Desde junio de 2020, la Fundación publica la mencionada revista mensual, que aporta a los lectores contenidos de opinión breves y orientados a su multiplicación en la sociedad. Con una orientación editorial liberal-libertaria, la revista cubre todo el espectro ideológico que va del liberalismo clásico a las posiciones agoristas y *ancap*, así como a la filosofía objetivista. Fundalib procura así impulsar las diversas familias del individualismo, consciente del temible resurgimiento del colectivismo en nuestro tiempo a través de los distintos populismos que están recuperando terreno. Esta revista de contenidos breves se complementa desde 2021 con el suplemento *Cuadernos para el Avance de la Libertad* en el que los autores abordan con mayor extensión y calado algunos de los debates más importantes de nuestro tiempo. En la página 2 encontrará el código QR o la dirección web para suscribirse a la revista en papel y recibirla en su hogar junto a los suplementos mencionados.

Fundación para el Avance de la Libertad

CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

Portada: imagen del cartel del documental *Dudas razonables*. Interior: gráficas y fotografías del rodaje del documental, aportadas por el autor. Pág. 2, fotografía del autor.

Fundación para el Avance de la Libertad

I PREMIOS LITERARIOS

Carlos Alberto Montaner

PARA EL AVANCE DE LA LIBERTAD

NOVELA | RELATO | ENSAYO | ARTÍCULO | POEMA
Envío hasta 30/04/2024 | Fallo: 30/06/2024

En memoria de un gigante del Liberalismo

La Fundación para el Avance de la Libertad convoca a partir de 2024 los premios literarios anuales que se concederán en honor de Carlos Alberto Montaner y se fallarán en el aniversario de su fallecimiento. Por un lado, conmemoramos así al escritor, periodista y político exiliado cubano que tanto hizo por la libertad en todo el mundo, y que ayudó a la Fundación como Presidente de Honor hasta su último aliento. Por otro, la Fundación busca incentivar la producción intelectual orientada a la defensa y la promoción de la Libertad.

CONSULTA LAS BASES:

Pueden participar todos los autores, de cualquier país, que expresen en nuestra lengua su pasión por la Libertad.